

suelo y de vivir de una manera independiente, los artesanos y los cantantes estaban obligados á trabajar para la comunidad: se hacían «demiurgos», es decir, los «trabajadores del pueblo», y no eran absolutamente considerados como hombres libres¹.

En los tiempos de Homero, los Griegos estaban lejos de ser los primeros en las artes, y no tenían dificultad en reconocerlo, siendo de origen extranjero los productos que celebran como los más bellos; espadas de Tracia, marfiles de Libia, bronce de Chipre y de Fenicia. Se han encontrado joyas en las tumbas atenienses de aquella época, mas por la calidad del metal lo mismo que por la originalidad de la decoración, son muy inferiores á los extraídos de las tumbas micenias. Los metales preciosos llegaron á escasear y su empleo era menos frecuente. Además el estilo había cambiado: el artista no tomaba ya sus modelos en las mil formas de la vida, plantas y animales; á excepción del ave de los pantanos, y después del caballo y del hombre, no representa ya formas animadas. No anima ya las curvas, y sus motivos proceden de figuras geométricas, elegantes y variados sin duda, pero siempre rectilíneos. Ese sistema de ornamentación, que coincide con la invasión dórica, debió probablemente ser aportado por ella de las regiones de la Europa central y se refiere al estilo que ha prevalecido en las poblaciones septentrionales, sobre las orillas del Báltico. Reemplazó un arte mucho más rico y más avanzado que habían conocido unas poblaciones más ricas y más civilizadas; pero no fueron los Dorios, portadores del nuevo estilo, quienes fueron los mejores intérpretes: en el Atica, destinada á ser después el país por excelencia de la cultura, fué donde la alfarería con dibujos geométricos llegó á su perfección. La finura de la arcilla extraída del subsuelo de la llanura del Cefiso de Atica contribuyó en gran parte á esa excelencia de los productos atenienses, pero el gusto natural de los ceramistas anuncia ya la raza que debía construir los monumentos de la Acrópolis.

Si un observador, admitamos esta suposición, caído de un planeta vecino, echase una mirada sobre un mapa de Grecia, sin cono-

¹ Ed. Meyer, *Die wirtschaftliche Entwicklung des Altertums*, págs. 16 y 17.

cimiento previo de la historia, notaría primeramente algunos puntos vitales donde le parecería que debía concentrarse el movimiento de la historia. Sorprenderíale en primer término la posición geográfica de Corinto, situada cerca de la parte menos ancha y menos accidentada del Istmo, al pie de una roca fácil de transformar en ciudadela. Sus playas y las radas próximas, de un lado sobre el golfo de Corinto, del otro sobre el golfo Saronico, son otros tantos puertos naturales, y las aguas mismas de esos golfos, rodeados de montañas ó de islas elevadas, sirven de radas á los barcos. En aquel punto debía nacer un depósito de tráfico, primeramente entre las orillas de los dos pequeños mares que separan el Peloponeso de la Grecia continental, después entre el mar Egeo, el Adriático y todas las costas del Occidente. Al comenzar la historia, Corinto se nos presenta como una ciudad ilustre entre las ciudades, y las divinidades del mar, aportadas por los Fenicios, se veneran en sus templos. La fábula nos dice que mucho antes que los invasores dorios, Sísifo hacía rodar allí las poderosas rocas de la fortaleza, lo que sin duda dió ocasión para que sus enemigos imaginaran el tormento á que fué condenado en el Tártaro, consistente en remontar sobre una pendiente un peñasco que caía antes de alcanzar la cima. En la época de su prosperidad, Corinto llegó á ser la ciudad griega que contuvo el mayor número de habitantes, estrechándose en un solo recinto trescientas mil personas. No bastando el cambio de mercancías



Cl. Giraudon.
LECITA BLANCA CON FIGURAS
NEGRAS

á su actividad, se improvisó centro de fabricación para el vidriado, los metales y las obras de lujo y de arte. Algunas de sus colonias fueron también las más célebres del mundo helénico, especialmente Corfú y Siracusa, siendo ésta la mayor y más poblada de todas las ciudades coloniales. Á tal punto llegó la gloria de Corinto, que su nombre se identificó frecuentemente con el de la Grecia entera: el día de su destrucción por los Romanos, hace veinte siglos y medio, fué considerado generalmente como el fin mismo de la nación.

Otro lugar que el más ligero examen revela en seguida como vital para punto de cita de los hombres y el cambio de mercancías, fué Chalcis, sitio privilegiado, que posee á la vez las ventajas de una ciudad continental y las de un puerto marítimo. Encuéntrase á lo lejos en el interior de las tierras á la vez que en el punto de unión de dos golfos; domina al mismo tiempo los caminos marítimos del Norte y del Sud, y por un sencillo puente, fácil de defender en caso de ataque, se une á la península de Atica y al conjunto de Europa. Además, tenía una fuente local de riquezas, consistente en sus minas de cobre, y los mercaderes acudían de todas partes. Convertida en centro de comercio y de poder, fundó numerosas factorías sobre riberas lejanas y acabó por ser la metrópoli de las treinta y dos ciudades, construídas por ella misma, en la triple península proyectada como una mano al sud de Tracia y conocida todavía al presente con el nombre «Calcídica». ¡Cuán grande hubiera podido ser la importancia de Chalcis, como la de Corinto, si las ventajas de su posición hubieran sido completadas por un territorio circundante de gran extensión que presentara un carácter de unidad geográfica! Pero Chalcis y Corinto no eran más que puntos, por decirlo así, y á pesar de sus extraordinarias ventajas locales, fueron distanciadas históricamente por ciudades menos favorecidas en cuanto al sitio, pero que tenían más extensos territorios por dependencias naturales.

En la concurrencia vital que se produjo entre las numerosas ciudades de Grecia, con sus diversas ventajas locales para la producción agrícola, industrial ó minera, las facilidades del comercio y el poder de resistencia ó de ataque, acabó por establecerse cierto equilibrio entre los pequeños Estados de la Grecia continental y los del

Peloponeso, pero era un equilibrio poco estable, como el que se produce en los fenómenos eternamente cambiantes de la vida. Las dos comarcas que se hallaban frente á frente á cada lado del istmo de Corinto eran casi iguales en extensión, porque las partes montuosas de la Grecia del Norte, que el alto Parnaso y los otros grandes macizos de montañas hasta las aristas principales del Pindo separan de la Beocia y del Atica, quedaban por mitad fuera de Grecia, á causa de la aspereza del suelo y del salvajismo de las poblaciones. En conjunto, el Peloponeso fuera más compacto, más sólido, no sólo para la defensa, sino también para la ofensiva. La ventaja quedaba para la Grecia del Norte, cuando añadía á su poder el de las islas vecinas hasta la costa de Asia. Por lo demás, las fronteras oscilaban constantemente entre las dos Grecias, diferentes por su tensión natural, por su genio propio y por su manera de vivir y de comprender la vida. Las rivali-

dades de comercio, las envidias, los rencores y las rencillas, las alianzas y las guerras modificaban de año en año las fuerzas respectivas. Esparta y Atenas simbolizaron y representaron materialmente los genios de las dos comarcas, de los dos grupos étnicos, porque el Peloponeso fué la tierra de los Dorios, y el Atica se convirtió en el centro de los Jonios. Desde luego el contraste se revela por lo



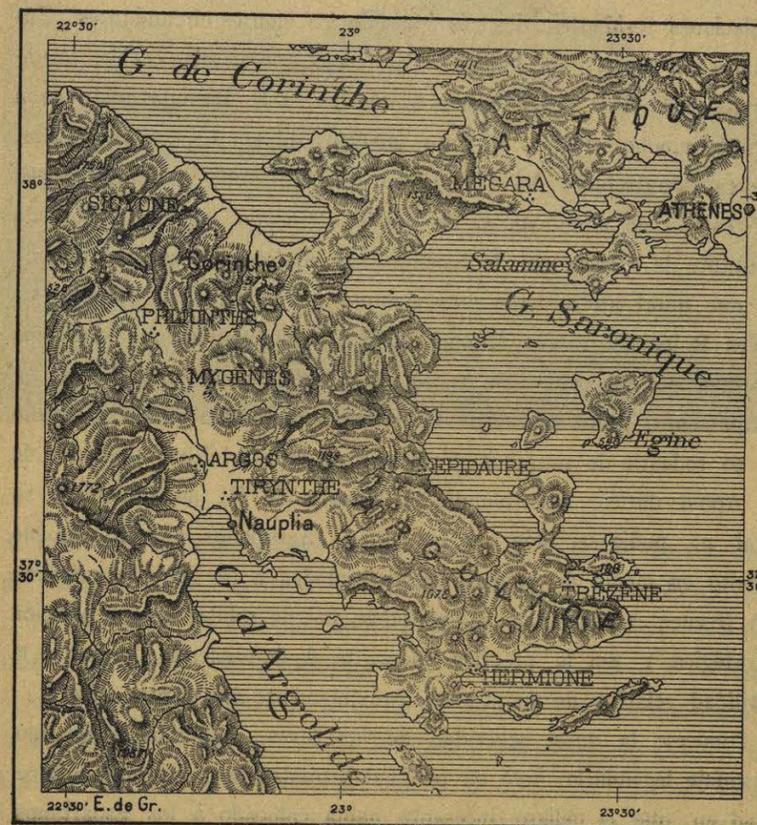
Cl. Giraudon.
ÁNFORA CALCIDIA, LOS BUEYES DE GERION

que se llama las «leyes» y no fué en realidad más que la vida social y política de los pueblos de Grecia. La Naturaleza sola, el simple medio del suelo y del clima no explican esta oposición; ha de tenerse en cuenta también el medio moral que creaba á los Espartanos su carácter de extranjeros que se instalan por fuerza en un país nuevo para ellos, donde se encontraban siempre en peligro. En efecto, el ambiente de la comarca en que se desarrollaba su existencia no tiene nada de trágico en sí mismo: la llanura es fértil, una de las etimologías propuestas para el nombre de Esparta tiene el sentido de «suelo fecundo». El Iri, el antiguo Eurotas, se desarrolla en una amplia campiña que fué en otro tiempo un lago y que dejó espesas capas de aluviones; después, más allá de ásperos desfiladeros, desemboca en el golfo de Laconia, al lado de un «río real» (Vasili Potamo) que acaba de lanzarse en manantial del fondo de galerías calcáreas. Un bello anfiteatro de montañas que dirige al Oeste el soberbio Taigeto ó Pentadactilo (de cinco dedos), rodea la llanura de Esparta, formándole un círculo de escarpes blanquecinos que alternan con fondos de sombra y de verdura.

Los residentes originarios de esta bella comarca, los Laconios, se decían hijos de los Pelasgos autóctonos, «nacidos del suelo», y vivían en paz con los habitantes de los valles y de las altas hoyas próximas; la conquista dórica les esclavizó: bajo el nombre de Periceques ó «Gentes de las Inmediaciones», «Circunvecinos», «Clientes», continuaron entregándose á los trabajos del campo y á las industrias hereditarias. Estas diversas ocupaciones les habían enriquecido en tiempos antiguos, cuando las colonias fenicias poblaban Citera y las factorías de cambio y de pesquerías de conchas de púrpura sobre los contornos del golfo. Durante todo el período de la historia griega propiamente dicha, por el contrario, los Laconios, sometidos á una dominación durísima y llevando una vida precaria, no trabajaron sino para el provecho de sus rudos patronos, los Espartanos, á quienes, no obstante, los pueblos de Grecia venían á comprar muebles, instrumentos de madera y de hierro, vestidos y calzado. Constituyendo principalmente un proletariado obrero, enriquecieron á sus amos, quienes, sin ellos, no hubiesen jamás podido conservar su poder. Sin los laboriosos Lacedemonios, la dominación

de los Espartanos hubiera sido imposible; pero la historia olvidó á aquellos humildes para concentrar toda su atención sobre los hombres de guerra dominadores de Esparta. Descuidó sobre todo á los Ilotas, antiguos habitantes de la llanura próxima al mar: éstos, que

N.º 165. Corinto y la Argólida.



1 : 1 000 000

0 10 30 60 Kil.

habían resistido mucho tiempo, fueron castigados con la más dura esclavitud; habiendo conservado apenas el nombre de hombres, permanecieron completamente ignorados de los otros Griegos, aunque por el número fuesen los primeros en el territorio lacedemonio.

De ese modo los Espartanos hubieron de crearse un medio artificial aparte, fuera del medio natural, que había sido el de los Laco-

nios y el de los Ilotas. Establecidos en el país con la lanza en la mano, después de un exodo guerrero que, desde las regiones del Pindo hasta el centro del Peloponeso, había consumido generaciones enteras, no tenían más oficio que la guerra, y su cerebro se había hecho á la lucha incesante y no podía acomodarse ya á la preparación de los trabajos pacíficos. Tuvieron que subyugar primero á las poblaciones residentes, después á las de los montes circundantes. Sus vecinos del Oeste, los valientes Mesenios, que poseían valles fecundísimos, más ricos y más extensos que los de la Laconia, sostuvieron durante mucho tiempo el furor guerrero de los Espartanos. Éstos, dueños incontestados del Peloponeso, tuvieron todo el mundo griego por campo de conquista y de pillaje; teniendo además el cuidado constante de conservarse, lo hicieron con una lógica y con un método del que quizá no se halle más ejemplo que el que han ofrecido los Pielos Rojas del Nuevo Mundo, obligados también á una vigilancia continua por un peligro de todos los momentos. Su ciudad era un campamento, tanto más vigilado, cuanto que habían tenido el orgullo de no rodearle de murallas, formando un muro viviente alrededor de su Apolo dórico, que blandía la lanza como él: su divinidad, su ideal no podía ser más que la fuerza. Agrupados en un pequeño ejército en medio de poblaciones diseminadas á las que aterrorizaban con frecuentes matanzas, compensaban por la solidez de su posición estratégica y por la práctica incesante de la violencia guerrera, la debilidad relativa de su número, próximamente uno contra diez.

Conócese la dura severidad de las leyes, atribuidas á Licurgo, personaje legendario, pero en realidad brotadas de la ineludible necesidad en que el peligro incesante había colocado á los Espartanos. Esas leyes no estaban inspiradas por el genio dórico, como dice Otfried Müller, porque las tribus de la misma raza que vivían en condiciones diferentes no conocían esa organización social y política: era dictada por el medio histórico, resultado de todos los medios anteriores, naturales y artificiales¹. El Espartano, entregado al Estado desde la edad de siete años, es decir, á la asamblea de los guerreros, era adiestrado, modelado, de manera que llegara á ser un soldado más:

¹ George Grote, *History of Greece*.



EL CABO SUNIUM

se le impulsaba á la agilidad y á la fuerza; se hacía de él un animal de combate; se le ejercitaba á la lucha sanguinaria hasta contra sus compañeros; en los días de fiesta se le entregaba la canalla popular despreciada para que la insultara y la apaleara; hasta se le excitaba á la rapiña, como conviene á un buen soldado, y no se le enseñaba á leer, temiendo que el estudio le abriera una perspectiva sobre un mundo desconocido, diferente del que se le destinaba. Apenas sabía hablar: su lenguaje, interpretando una idea fija de guerra y de dominio, se limitaba á la expresión de su voluntad, sin elocuencia ni poesía. No se exaltaba en él más que una sola virtud, la del sufrimiento, de la fuerza, del valor, y esa virtud misma debía servirle para privar á los otros de su vida ó de su libertad. Estaba prohibido el trabajo á esos parásitos, aunque hubiesen comenzado por distribuirse las tierras libres de censos é inalienables; pero á otros, es decir, á los Laconios y á los Ilotas incumbía trabajar para ellos, construirles viviendas, presentarles el pan y los frutos, tejerles telas y forjarles armas.